LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 10 DE OCTUBRE DE 1887 — NÚM. 302

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL ARROYO, cuadro de J. Morera

SUMARIO

TEXTO.—*La boda*, por don Antonio de Valbuena.—*Justicia seca*, por don Cecilio Navarro.—*Lingüística*, por don E. Benot.—*Física sin aparatos*.

GRABADOS.—*El arroyo*, cuadro de J. Morera.—*Una patrulla*, cuadro de Hugo Muhlig.—*Rosas transparentes*, cuadro de F. Vinea.—*El comedor de un mesón*, cuadro de F. Vinea.—*A Rimbalzello*, estatua de Urbano Nono.—*Busto de W. Goethe*.—*Física sin aparatos*.

NUESTROS GRABADOS

EL ARROYO, cuadro de J. Morera

El arroyo es la manifestación más tranquila é inofensiva del elemento acuático. Los poetas le califican casi siempre de manso: tiene muy bien sentada su reputación y no puede despertar sino ideas apacibles como su curso. Prueba de ello es el precioso paisaje de Morera que publicamos en el presente número. Todo es calma en torno; el sol declina; el labriego regresa tranquilamente á su hogar; imposible parece que la naturaleza pueda producir volcanes y que los hombres puedan producirlos de otro género aún más terrible. A cualquiera se le figura que á este pedazo de mundo no han de alcanzar las convulsiones que agitan el otro mundo, llamado más culto con bien frívolas razones.

Y sin embargo, la Arcadia no ha existido en tiempo alguno. Virgilio cantó las delicias del campo, quizás porque no lo conoció bastante. Florián estaba seguro de que Estela y Nemorino no podían existir sino en su imaginación. La tranquilidad de los hombres, habiten la ciudad ó la aldea, tiene un enemigo imposible casi de vencer. Este enemigo, este grupo de enemigos, mejor dicho, es inseparable de la condición humana: se titula *las pasiones*.

UNA PATRULLA, cuadro de Hugo Muhlig

Es una escena de la vida militar reproducida con conocimiento de causa. El paisaje es agradable, las figuras le dan una animación singular. En medio de esa naturaleza riente aparece un punto negro, como decía Napoleón III. La presencia de soldados despierta siempre una idea triste, por más que se haga todo lo posible para disimularlo. El soldado, dicen, se recluta para asegurar la paz. Esto es muy bueno para dicho; lo cierto es que el ejército supone siempre la previsión de la guerra.

Y como guerra y cultivo de los campos son dos ideas que se rechazan mutuamente, por esto no damos un comino por la cosecha de los campos en que aparece esa patrulla.

ROSAS TRANSPARENTES, cuadro de F. Vinea

La mirada del artista se extiende sobre la naturaleza toda. Desde los sentimientos más puros hasta las pasiones más terribles, desde el cielo límpido y sereno hasta el mar azotado por la tempestad, desde el verde pico erizado de vides hasta el pedregoso volcán erizado de llamas; todo entra en el dominio del pintor y de todo tenemos reproducciones valiosas que dan público testimonio del genio. Pero es indudable que entre la inmensa variedad de las manifestaciones de la forma, lo verdaderamente bello, bello en materia y bello en esencia, atrae de una manera singular la preferencia del artista; y siendo la mujer el tipo ideal del que busca la belleza de la forma y la sublimidad del afecto, nada tiene de extraña la preferencia que muchos pintores han dispensado y continúan dispensando á la mujer amada, siquiera no exista sino en la mente creadora del artista ó del poeta.

Vinea, que es un pintor italiano, y con esto se halla dicho que es un pintor poeta, ha ideado también su mujer, como Dante encontró la suya, como Don Quijote tuvo necesidad, igualmente, de su Dulcinea. Donde haya corazón habrá un sitio para el amor, y este sitio lo ocupará la imagen de una mujer. El nombre propio ó simbólico con que se la dé á conocer al público, es lo de menos; lo de mas, en tales casos, es que la silueta de la mujer amada viene á ser la expresión gráfica del concepto que el artista ha formado de la belleza

EL COMEDOR DE UN MESÓN
cuadro de Francisco Vinea

De algún tiempo á esta parte muestran los artistas italianos predilección singular por los asuntos en que Baco y Venus predominan en admirable y natural consorcio. No son, á pesar de todo, de mal ver esos cuadros, en los cuales ni el realismo reviste las formas de una verdad repugnante, ni deja de observarse en ellos el talento de sus autores. Pudo este talento inspirarse en asuntos más levantados y en la reproducción de escenas más simpáticas; pero es indudable que la ejecución suple muchas veces lo mal escogido del tema. Pudo, realmente, el insigne Velázquez inspirarse en más noble pasión que la pasión del vino; pero ningún crítico le echará en cara, ni mucho menos, haber pintado el inmortal lienzo de *Los borrachos*.

Vinea ha tenido el buen ó mal gusto de pintar una escena de mesón, en los momentos en que el vino de Astí ha empezado á producir sus naturales efectos. Pero, limitándonos á la ejecución del asunto, hemos de convenir en que el autor ha estado completamente feliz. El conjunto de la concepción es sobremanera animado; los personajes, perfectamente estudiados, forman grupos variados y llenos de vida; y el conjunto de estos grupos, hábilmente combinado, realiza un todo de efecto sorprendente, envuelto en la atmósfera pesada de un comedor que huele á alcohol puro, ó tal vez impuro, aunque por aquel entonces no se conocieran los alcoholes alemanes.

El cuadro de Vinea es una de esas obras que no se obtienen sino después de muchos esbozos parciales, por cuanto no hay en él un grupo, un personaje, un semblante, una actitud siquiera, que no resulten de un estudio ejecutado con verdadera conciencia artística.

A RIMBALZELLO, estatua de Urbano Nono

El título que lleva esta escultura no tiene traducción en nuestro idioma. Representa á un muchacho iniciando un juego ó ejercicio generalizado en Italia, que consiste en arrojar una moneda á la superficie del mar y sacarla de él sin auxilio de las manos. Esta obra artística fué exhibida en la Exposición milanesa de 1884, y aun cuando ninguno desconoció su mérito, fué muy controvertido si merecía ó no el premio ofrecido por el rey Humberto I, que, al fin y á la postre, la fué adjudicado. Antes de obtener este éxito, Urbano Nono no estaba considerado como artista de profesión, sino como un simple aficionado que, en las horas libres de trabajo, estudiaba, por amor al arte, el dibujo y el modelado. Estimulado por su triunfo, abrazó resueltamente la carrera de escultor, y sus obras posteriores han evidenciado que no sin fundamento los jurados del concurso habían descubierto en él aquellos elementos que constituyen á un verdadero artista.

Respecto á si la estatua expuesta en 1885 merecía ó no, en absoluto, el premio de tantos apetecido, no hemos de resolverlo nosotros. Nos permitimos decir, empero, á la vista de esta composición, tan bien estudiada en su contorno, como expresiva y natural en su actitud, que el arte italiano contemporáneo debe ser, por dicha suya, muy rico en obras maestras, cuando la de Nono no reunió en su favor el voto unánime de los jurados. El público que, después de todo, es un juez que raras veces se equivoca, se había anticipado al fallo definitivo del tribunal.

BUSTO DE W. GOETHE

La variedad de conocimientos que concurrió en Miguel Angel como hombre de arte, concurrió, asimismo, en Goethe como hombre de letras. El autor del *Juicio final* fué tan gran pintor como gran escultor y gran arquitecto. A su vez, el autor del *Fausto* fué simultáneamente poeta, autor dramático, novelista, naturalista, sabio en anatomía y físico consumado. Su primera novela, *Werther*, le valió la protección de Carlos Augusto, duque de Weimar, protección tan ciega que le elevó á la categoría de ministro, á pesar de la impopularidad de Goethe, debida á su antigua conducta cuando las guerras del imperio.

El insigne Goethe nació en Francfort (1749) y murió en Weimar, á los 63 años de edad. Su patria, orgullosa de tan preclaro hijo, le ha consagrado diversos monumentos, y uno de ellos es el busto que reproducimos y que decora el frontis de la casa donde exhaló su último aliento. La importancia de Goethe no ha desmerecido con el tiempo, porque el oro de ley raras veces es desestimado. Pero sus tendencias filosófico-sociales no son tan de aplaudir como la forma literaria de que fueron revestidas y que, por esto mismo, dieron lugar á fatales consecuencias. *Werther* será siempre un mal consejero: fiar al suicidio el término de los disgustos de la vida, es un consejo indigno de un hombre del talento inmenso de Goethe.

LA BODA

I

¡Qué guapa estaba Catalina!

Me parece que la estoy viendo, con una basquiña de cúbica que la llegaba hasta cerca de los tobillos, un jubón de alepín de mangas anchas, muy ajustadas á la muñeca, medias azules acuchilladas de encarnado vivo, zapatos atacados con galón de seda, y pañuelo de *Barés* de fondo blanco con listas azules al cuello, coronando todas estas galas una mantilla de franela negra con forro de vitán amarillo y con un terciopelo labrado todo al rededor lo menos de dos dedos de ancho...

¡Ah! y se le veían por entre la mantilla unos magníficos zarcillos de oro francés que casi la posaban en los hombros: como que le habían costado al novio diez y siete reales en la feria de Ramos...

En cuanto al físico, Catalina era una morena... Pero no anticipemos los sucesos... ni los novios.

Catalina está en Los Espejos, pueblecillo risueño y alegre, situado á la derecha del Esla, por más que el Diccionario de Madoz nos diga que está á la izquierda, y nosotros estamos todavía en Salio, que está realmente á la orilla izquierda del río, pero más abajo, á legua y media de distancia.

De modo que todavía tardaremos en llegar un rato bueno.

Un rato que se le va á hacer un siglo á Catalina que nos está esperando desde el amanecer para, en cuanto lleguemos, casarse. Se ha levantado al ser de día, porque no pudo dormir en toda la noche, y espera que te espera, y el novio y el acompañamiento sin llegar... ¡Es claro! como que todavía no nos hemos puesto en camino. Ahora vamos á montar á caballo; pero ante todo, verán ustedes por qué fuí yo de boda.

No es menester decir que Pedrosa del Rey es, para mi gusto, el pueblo más hermoso de la tierra. Con decir que es mi pueblo...

Está situado á la respetable altura de 1060 metros sobre el nivel del mar, en una vega hermosa, fértil y llana como la palma de la mano, á la orilla derecha del Esla, sobre el cual tiene un puente de tres ojos y de más de seis siglos.

A la parte del Norte... Pero la pobre Catalina nos está esperando y no hay que entretenerse en perfiles.

Básteles á ustedes saber que Isidoro, y aprovecho la ocasión para presentar á ustedes el novio, era un excelente muchacho que había sido criado de casa de mis padres muchos años cuando yo era niño.

Era de Salio, lugarcillo situado á un cuarto de legua de Pedrosa al otro lado del río, hacia el Poniente, y todos los domingos me solía llevar con él á su pueblo cuando iba á mudarse.

Por lo cual era yo muy popular en Salio: todos me conocían y yo los conocía á todos. Las niñas me miraban con cierta admiración porque iba bien vestido, porque ya cuidaba Isidoro de que me pusieran de punta en blanco al emprender el viaje. Las personas mayores, ya fuera por agradecimiento á los favores recibidos de mi familia, ya por naturales hábitos de amabilidad y de complacencia, todas eran á hacerme caricias y mimos. ¡Ah! y me llamaban siempre con un diminutivo que aun me está sonando en los oídos y me suena á gloria.

La madre de Isidoro, que era una pobre mujer, me solía obsequiar con nueces, avellanas ú otra fruta según el tiempo, pero en todo tiempo, indefectiblemente, me daba una torreja de pan cubierta con una espesa capa de manteca recién maceada, y sobre la manteca una cucharada de miel, que era mejor que miel sobre hojuelas. No creo haber probado jamás en mi vida otro manjar que me gustara tanto.

Unos años después se había muerto el padre de Isidoro, y éste había dejado de servir para irse á vivir con su madre, la cual, como iba teniendo ya mucha edad y estaba para poco, aconsejó á su hijo que fuera tratando de acomodarse.

Isidoro había conocido á Catalina en Pedrosa, donde ella solía venir á espadar lino todos los inviernos, y le gustaba porque era hacendosa y dispuesta, y además muy bien parecida. ¡Yo lo creo! Y aunque se diga que era guapa, no se dice nada de sobra.

¡Vaya si lo era! ¡Habían de haberla visto ustedes en la última romería de San Tirso, que fué donde le acabó de gustar á Isidoro!

El cual, decidido á complacer á su madre en lo de acomodarse pronto, dijo para sí: Esta me conviene, y como me quiera no he de buscar otra. Así es que en cuanto ella salió á bailar con otra amiga suya, Isidoro cogió á uno de sus compañeros y se fueron á separar la pareja; y, es claro, á Isidoro le tocó bailar con Catalina, y bailó muy á gusto, y hasta gritó una vez: *¡Viva la mia!* al dar la vuelta.

Después Catalina tocó la pandereta y, en lugar de bailar aquel baile, Isidoro se puso á su lado, y, entre cantar y cantar, la dijo cuatro cosas ya un poco alusivas al asunto.

Ella no se presentó mal aquella tarde, y con eso, ya por el invierno adelante, se animó Isidoro á ir á Los Espejos dos ó tres domingos á prima noche y habló con ella en la hila del tío Bernardino, y aun parece que alguna vez al salir de la hila no se marchó él inmediatamente para Salio, sino que se quedó por allí hasta después de la media noche para echar con Catalina un párrafo por la ventana.

Por cierto que en una de éstas le cogieron los mozos del pueblo y le hicieron pagar los derechos de costumbre. Le llevaron á la taberna del tío Pellitero que estaba á la otra orilla del río sobre el cabecero del puente, y tuvo que pagarles media cántara de vino, y además la sosiega, ó sea media azumbre de aguardiente. Pero, eso sí, le llenaron de brindis mientras bebían, deseándole término favorable en su pretensión y augurándole para después todo género de felicidades.

Desde aquella noche Isidoro siguió visitando á Catalina con más frecuencia y con más tranquilidad, y, dale arriba dale abajo, que sí que no, por fin una noche le autorizó para pedirla.

Y efectivamente á los pocos días volvió á Los Espejos una tarde al oscurecer, acompañado de su tío Juan, hermano de su madre, y de su primo Francisco, y se dirigieron los tres á casa de los padres de Catalina, donde ya les esperaban con cena puesta, y después de los saludos de ley y de sentarse todos al amor de la lumbre, el tío Juan, con una emoción parecida á la del confitero retirado de los *Pavos reales*, tomó la palabra y dijo:

– Con que... yo supongo que ya saben ustedes á lo que venimos. Aquí el mi sobrino Isidoro está prendado de Catalina, la hija de ustedes, y quiere hacerla su mujer como Dios manda. Ella, según parece, no le ha dicho que no, y yo vengo... como el muchacho es huérfano de padre, vengo yo en representación de mi cuñado Manuel que esté en gloria, y en nombre de mi hermana á pedir á ustedes la mano de su hija Catalina para...

—Tío, ¿la mano nada más?—le interrumpió Francisco, queriendo quitar á la escena el carácter demasiado diplomático que iba tomando.—A mí me parece, – añadió, – que Isidoro querrá á Catalina entera y verdadera y que no se contentará con una mano sola.

—Bien, hombre, pero así se dice,—repuso el tío Juan, sonriéndose un poco, pero sin perder la gravedad con que había empezado.

—No señor,—replicó Francisco, que tenía sus puntas de persona instruída porque había sido algunos años maestro de escuela de invierno en un pueblo de la Valdavia.—Eso lo habrá usted leído alguna vez en los papeles del secretario, pero lo natural es que V. pida á estos señores á su hija Catalina para mujer de Isidoro...

– Pues nosotros,—comenzó á decir el padre de la novia,—nosotros somos... tenemos... nosotros estamos...—y como no acertaba á seguir adelante acudió en su auxilio su mujer y dijo con discreción sencilla:

– Puesto que los muchachos parece que se tienen inclinación, nosotros no queremos quitársela. Que se casen, y Dios quiera que sea para su santo servicio.

—Amén, tía Josefa, – dijo á media voz, pero con mucha expresión de sinceridad, Isidoro.

– ¿Y tú qué dices?—dijo el padre de Catalina dirigiendo la vista al sitio donde ella estaba poco antes.

Pero Catalina ya no estaba allí: se había retirado ruborizada en cuanto habían comenzado á hablar de ella.

–¡Ah! se marchó la pobre hija mía,—dijo su madre sonriéndose;—pero cuando ella ha consentido á los señores que dieran este paso, ya no es necesario volver á preguntarla su opinión.

– Isidoro ya la sabrá, – dijo Francisco, siempre tratando de quitar gravedad á la escena.

– Creo que sí, –le contestó Isidoro modestamente.

—Pues no hay más que hablar,—dijo el padre de la novia.

La madre salió entonces á buscar á Catalina á la habitación inmediata y la dijo:

– Ven, hija mía, que ya se ha concluído.

Catalina volvió á entrar detrás de su madre y cruzó con Isidoro una mirada tímida al par que cariñosa.

En seguida comenzó la cena, amenizada con algunos chistes del primo del novio, reinando en ella la franqueza y la cordialidad más agradables.

De sobremesa se hicieron los tratos, reducidos á que la novia manifestara su gusto y su deseo respecto de las

UNA PATRULLA, cuadro de Hugo Muhlig

vistas, á que los padres dijeran los enseres, el ganado y las tierras y prados que pensaban darla para comenzar á vivir, y, por último, á que se escribieran las amonestaciones y se acordara el día de la boda, quedando señalado el 9 de julio, sábado por más señas.

Dos semanas antes Isidoro había ido á casa de mis padres y había solicitado de ellos la gracia de que el *señorito* le acompañara en *ese día*, en el día de su boda, en lo cual tendría él y tendrían todos una satisfacción muy grande, añadiendo que ya procurarían obsequiarme (porque el señorito era yo) con la pobreza de que podían disponer y sobre todo con una buena voluntad que no se sabe lo que vale.

Era yo entonces un mozalbete espigadillo que acababa de venir del colegio á vacaciones, tenía quince años para diez y seis, esa edad en que á uno se le figura que todo el monte es orégano, y excuso decir cuánto me alegró de que mis padres no supieran resistir á la petición del pobre Isidoro. ¡Como que así tenía ocasión de hacer de persona, de que me llamaran el señorito y de que me hablaran de *usted*, cosas que en esa edad gustan tanto!... ¡Ah! y además tenía que ir á caballo, y llevar un caballo para mí solo... hasta cierto punto; porque difícilmente me escaparía de llevar ancas. Lo cual por otro lado también era agradable, porque era considerarle á uno como persona formal y...

Efectivamente, al tiempo de montar á caballo, cuando ya casi todos los jinetes llevaban atrás su pareja, resultó que la hermana del novio, Balbina, una muchacha muy repolisca, y no desgraciada, no tenía buenamente con quién ir, y... si el señorito fuera tan amable... y, es claro, el señorito fué tan amable que la mandó ponerse á las ancas de su caballo donde iba ella más hueca que perro con pulgas.

Echamos al trote. Rayaba el sol por las cimas de los montes y la mañana estaba hermosísima. En diez minutos llegamos á Pedrosa, pasamos el puente, y, á la orilla del río arriba, sin entrar por las calles de la villa, nos encontramos por cima de la iglesia.

A la vuelta cuando traigamos con nosotros á la novia, es de rigor que pasemos por todos los pueblos intermedios para que salga la gente á recibirnos y á dar la enhorabuena á los recién casados; mas ahora á la ida, la gala está en que no nos vean, ni en ninguna parte den cuenta de nosotros. Por eso no entramos tampoco en Boca de Huérgano: nos fuimos por las eras dejando á la derecha las casas. A la misma mano dejamos luego á Villafrea y por la vega de San Roque, tapa, tapa, tapa, llegamos en un periquete á Los Espejos, donde se nos recibió con una docena de salvas disparadas con escopetas del sistema antiguo.

No pudimos ir á apearnos á casa de la novia: no estaba bien: la etiqueta lo prohibía. Nos apeamos al extremo opuesto del lugar en la portalada de la casa de un pariente lejano del primo de Isidoro, y, desde allí, después que el novio y todos los demás hombres formales se pusieron la capa, prenda de rigor en todas las bodas aunque sean en julio, fuimos en procesión á buscar á la novia á su casa.

Entramos por ancha puerta de arco en el portal que era muy espacioso, y vimos tendido en el medio un cobertor azul de tinte fino y encima dos almohadas guarnecidas de encaje casero.

No había visto yo todavía de tan cerca ninguna otra boda de labradores y no sabía lo que aquello significaba.

El novio y el padrino, que era el mismo tío Juan que fué á hacer los tratos, entraron los primeros y llamaron:

—*¡Deo gratias!*

—*¡A Dios sean dadas!* – contestaron de adentro, lo cual era como decir: ¿quién es?

—*Gente de paz*, – replicó el tío Juan con voz un tanto conmovida.

Un minuto después aparecía por la puerta de la derecha el padre de la novia, y, sin saludar en la forma ordinaria, por no ser de ritual el saludo en semejantes casos, preguntaba de la manera más diplomática posible:

—¿Qué se les ofrece á ustedes?

—Aquí venimos, – le contestó el padrino en el mismo tono,—en busca de una prenda que V. nos ha ofrecido...

—¿Es esta? – preguntó el padre de la novia, después de haber entrado en una habitación de donde sacaba en la mano una escopeta de Eibar.

—No, señor; no es arma de muerte, – le contestó el padrino.

—¿Será ésta?—volvió á preguntar el dueño de la casa, sacando en la mano una jarra de cristal fino.

—No, señor, – contestó el padrino impasible, – no es esa; es otra que tiene V. y tenemos nosotros en mucho más aprecio; es su hija Catalina á quien hace dos meses, por mediación mía, pidió á V. mi sobrino por esposa.

—¡Catalina! – dijo entonces el padre en voz alta; – ven, que á tí te buscan estos señores.

Y salió Catalina muy hermosa, con aire de encantadora y sencilla modestia, y ataviada como la he descrito al principio, diciendo:—Buenos días tengan ustedes.

Tras de la contestación afectuosa de los que acompañábamos al novio, dijo á Catalina su madre que salía con ella:

—Mira, hija mía, estos señores quieren que le cumplas á Isidoro la palabra que le has dado...

—Eso es,—dijo el padrino con su acostumbrada gravedad; – si estás á cumplir la palabra que has dado, vente con nosotros á la iglesia.

—Iré, con la bendición de mi padre, – dijo Catalina con voz apenas perceptible. Y dicho esto se arrodilló sobre las almohadas que estaban encima del cobertor azul, inclinando profundamente la cabeza.

Entonces, su padre, tomando el aire de uno de los antiguos patriarcas, levantó la mano derecha extendida y dijo haciendo al mismo tiempo sobre su hija la señal de la cruz: Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. – Y añadió besándola en la frente al tiempo que ella se levantaba:—Dios te dé, hija mía, toda la felicidad posible en esta vida y después la felicidad eterna.

—Así sea, – contestamos todos.

Catalina besó respetuosamente la mano á su padre y á su madre y poniéndose al lado de la madrina y de las otras mujeres que iban á acompañarla, dijo con voz medio apagada: – Vamos, – y echamos á andar todos.

Al salir á la calle se repitieron las salvas sonando una especie de descarga cerrada que se fué convirtiendo en fuego graneado, pero sin cesar, hasta que llegamos á las puertas del templo.

ANTONIO DE VALBUENA

(Continuará)

JUSTICIA SECA

I

Erase un ayuda de cámara, que no parecía sino un duque, vestido siempre de seda y oro y buscando aventuras como los caballeros andantes; sino que las buscaba al revés, si así expresamos el concepto, como quiera que él hacía lo que otros deshacían.

Hacía entuertos.

Pero los hacía, eso sí, con mucha gracia, porque era travieso y decidor como un bachiller, cortés y bien hablado como un gentilhombre, muy galán de suyo y no poco rumboso de ajeno.

Con tales y tantos méritos, no hay ya que extrañar que hubiera adelantado tanto en su carrera, pues habiendo comenzado por ayudar á un barón, era á los veinticuatro años de edad nada menos que ayuda de cámara de un príncipe real, de un heredero de la corona de Inglaterra, de Enrique V sin número de orden todavía.

No hay para qué decir si á la sombra de este árbol podría extenderse paje tan provecto ejercitando sus grandes aptitudes, tanto más cuanto que el príncipe no era tampoco hombre escrupuloso, y fué él mismo quien por informes favorables hubo de solicitar el servicio del paje, no el paje el servicio del príncipe.

Sea de esto lo que quiera, ello es que los dos estaban muy bien hallados, porque el ayuda de cámara se sabía de memoria todas las leyes de la etiqueta y todos los gustos y costumbres del príncipe, y lo servía á las mil maravillas, y por sahumo, aun lo divertía con sus cuentos picarescos, sus pasos de comedia y de crónica siempre escandalosa, y sus chistes y facecias del mismo agrio sabor.

Con esto estimaba mucho el príncipe á su paje, lo quería, que es algo más, y antes que perder tal alhaja, hubiera perdido de buen grado todos sus caballos y perros.

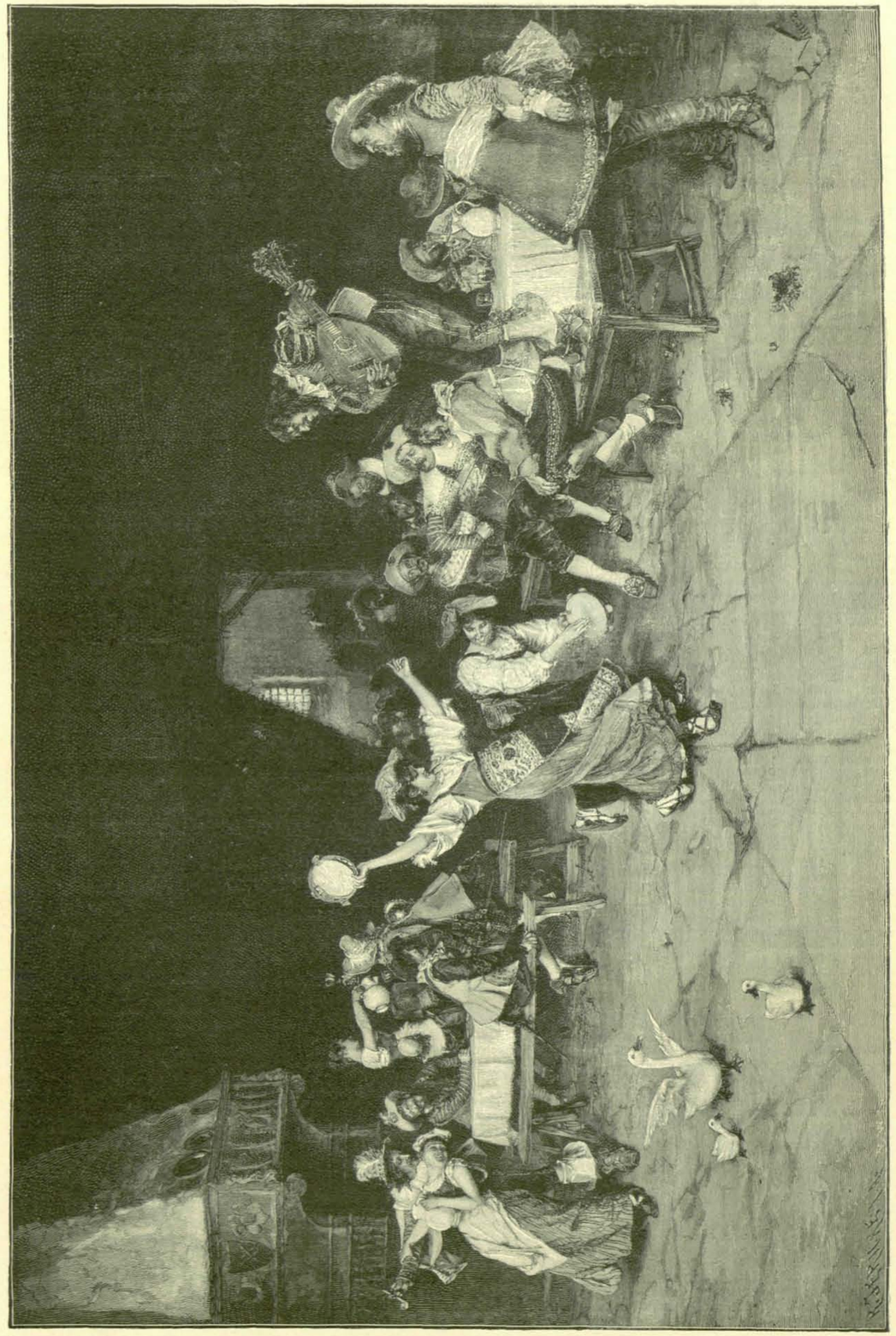
No podía exigirse más de un príncipe en aquel tiempo en que el hoy frondoso árbol de la libertad, igualdad y fraternidad no había dado aún la primera flor, ni aún la primera hoja.

Fuera de esto, la estimación susodicha venía á ser una justa compensación, no precisamente por lo que el paje por su parte estimaba al príncipe, sino porque lo servía de balde ó sin salario.

Tampoco podía exigirse más generosidad á un pobre diablo.

Lo servía sin salario... pero tenía la llave de la gaveta... y váyase lo uno por lo otro.

ROSAS TRANSPARENTES, cuadro de F. Vinea



EL COMEDOR DE UN MESÓN cuadro de Francisco Vinea

II

—Jorge, – dijo una noche el príncipe á su paje, que le ayudaba á vestirse para un baile.

– Señor, – contestó el paje inclinándose respetuosamente, pues aun en tal privanza, no olvidaba jamás las leyes de cortesía.

—Hoy me han dado otra queja de tí.

—¿De mí otra queja?

– Sí, por cierto.

—No lo extraño, señor: en este pícaro mundo no tiene uno más honra que la que quieren darle.

—Es verdad.

—El Evangelio.

—Pero, ¿no recuerdas haber hecho alguna picardihuela?

—Señor,—contestó Jorge con picaresca sonrisa, – no tengo ningún escrúpulo de conciencia.

—Pues con todo eso, es grave la queja de hoy.

– Pues no recuerdo, señor... yo pago siempre todo lo que bebo y nunca tomo la vuelta...

– Así debes hacerlo, estando á mi servicio.

– Doy á los pobres lo que me piden; y sin ir más lejos, la otra noche se empeñó un marido celoso en que le diera algo, y le dí un coscorrón en el testuz con el pomo de la espada.

El príncipe celebró el chiste con una gran carcajada.

– Así debo hacerlo, señor, estando á vuestro servicio – repuso Jorge.

– Pero la queja es más grave,—dijo el príncipe.

– Pues, señor, es azotar á un Cristo, porque yo huyo siempre de los enemigos del alma.

—Y ¿quiénes son ahora esos señores?

—No los conozco... sino para servirlos.

—Y á Mary Smelton... ¿la conoces?

Jorge se encogió de hombros y contestó sonriendo:

—¡Conoce uno á tanto enemigo del alma!...

– ¿Un demonio es?

—No, por cierto, señor.

– ¿Un ángel?

– Tampoco.

—Pues ¿qué es Mary Smelton?

– Es... carne, señor, carne.

El príncipe soltó otra carcajada.

Luego dijo seriamente:

—Pues esta mañana vino su padre á quejarse de tí por no sé qué desaguisado en que media el honor de su hija, y tuve que imponerle silencio porque ponía el grito en el cielo, y era bien cortar el escándalo.

– ¡Qué audacia!

– Bajó entonces la voz, pero no el fervor de su querella, y porque me dejara en paz y no se fuera descontento, le arrojé un bolsillo de dinero.

—¿Qué más quería?

– Pues lejos de aceptar transacción tan ventajosa, levantó del suelo las rodillas y me dijo con cierto entono que no venía á pedirme dinero, sino justicia.

—¡Qué insolencia!

—Tuve, pues, que despedirlo tan agriamente que no creo que se atreva á reproducir la queja.

—Siento, señor, haber sido causa, aunque inocente é indirecta, de vuestra justa pesadumbre, y juro no volver á...

– No jures, que reincidirás.

– Desde esta noche hago voto de castidad, señor.

—No exijo yo tanto; que el cielo, si á él aspiras, se puede ganar por otros caminos; mas sí quiero por tu parte, para evitar compromisos, más cautela, más doblez, menos ingenuidad, y no eso de entregarse así con palabra de casamiento.

– No es tan ingenuo el que la da sin ánimo de cumplirla.

– Más libre queda el que no la da de ninguna manera.

—Hay peces tan espantadizos que sólo se dejan pescar con ese anzuelo.

—En fin, de esta ya has salido. No vuelvas á caer en tentación.

– ¿Cómo he de caer ya, señor, si hago voto de castidad como hice voto de pobreza?

El príncipe ya vestido se fué riendo á carcajadas.

—¡Qué poco pudor hay ya en el mundo!—exclamó Jorge, ya á solas con su expresión más picaresca; ir una doncella á confesar sus culpas á su padre! ¡Venir un padre á confesar las culpas de su hija á un príncipe, que después de todo, no es ningún confesor! ¡Qué mujeres! ¡Qué hombres!

III

Había pasado algún tiempo, y una mañana, cuando menos pensaba Jorge en la querella del padre de la desdichada Mary, pues había ya olvidado hasta el santo ó santa de su nombre, veis aquí que llega un alguacil al palacio, ni más ni menos que á una cabaña, y pone en manos del paje un pliego de oficio.

El alguacil se retiró, hecha la diligencia, sin hablar una palabra, ni el papel daba tampoco explicaciones.

Era una simple citación, una orden de comparecencia ante el tribunal de justicia.

Jorge se puso pálido.

No estaba acostumbrado á ajustar sus cuentas con la justicia y temía á esta liquidación, tanto más, cuanto que debiendo mucho y acreditando poco, tenía que declararse insolvente.

Los insolventes de justicia son culpables siempre; y á éstos, cuando no el capital ni las costas, siempre se les busca el bulto; cuanto más, cuando hay de todo en la viña del Señor.

Pero era muy gallardo el bulto del ayuda de cámara para que él mismo lo entregara á la responsabilidad de sus deudas de justicia.

¡Deudas de justicia!

Quitadle una cuña á este edificio y se viene todo abajo: quitad la justicia á las deudas de justicia y desaparecen estas deudas.

¿Quién quitaría la cuña que estorbaba al ayuda de cámara.

Jorge fué resueltamente á entregar la orden judicial al príncipe, su poderoso valedor.

– ¿Qué travesura has hecho?—le preguntó el príncipe después de leer el mandamiento.

– Ninguna, señor, – contestó el paje seriamente.

– ¡Ninguna!

– Ahora es cuando puedo jurar y perjurar que estoy inocente, pues desde la otra vez no he quebrantado mis votos; y siento no ser caballero para jurar y perjurar sobre la cruz de mi espada, pero juro y perjuro protestando de mi actual inocencia, por todo el honor que pueda caber en el pecho de un ayuda de cámara, el cual quiere también su alma para Dios.

—¿A qué dios aludes, á Júpiter ó á Baco? – preguntó el príncipe sonriendo.

—Al Dios verdadero, – contestó el paje, sin perder su seriedad ni su palidez.

– Pero, ¿quién es tu Dios verdadero?

– No nos metamos, señor, en esas teologías y baste mi juramento, que es de honor... relativamente.

—En hora buena: teniendo tan limpia la conciencia no debes tener temor ninguno.

– Ninguno tengo, señor: quien no debe nada... con nada paga.

– Entonces comparece ante el tribunal.

—¿Ante el tribunal he de comparecer?

—Es lo mejor. Mas por lo que pueda ocurrir, no te olvides de decir que estás al servicio de mi persona y no necesitas más recomendación.

—¡Oh! esas son las generales de la ley, y sin esa advertencia, por ahí he de comenzar mi declaración.

IV

Y compareció ante el tribunal.

El pobre padre de Mary Smelton, despedido tan agriamente por el príncipe, después de haberlo avergonzado tasando el precio de su deshonra, llevó su justa querella en toda forma á vías de justicia.

El tribunal la dió por bien presentada, tomó declaración al acusado, y á pesar de las *generales de la ley*, que excusaban toda otra recomendación, halló méritos bastantes para dictar auto de prisión, y Jorge, ayuda de cámara del príncipe heredero, fué reducido á prisión en el mismo acto.

No había para qué incomunicarlo, y pudo así el paje avisar sin perder tiempo á su amo, rogándole á la vez que si había hallado gracia en su magnánimo corazón, se dignara tenderle su poderosa mano para sacarlo de abyección tan vergonzosa.

Enrique, que como joven era impetuoso, y altivo como príncipe real, saltó de su asiento como por un resorte al leer tan inverosímil noticia; y dejando allí sus pasatiempos enderezó al tribunal, resuelto á pedir cuenta del agravio hecho á él en la persona de su paje.

Y con tal resolución, su ímpetu y altivez, entró atropelladamente en la sala de justicia.

El tribunal estaba juzgando ya otra causa.

– ¿Dónde, – dijo interrumpiendo el acto, – dónde está mi ayuda de cámara Jorge Wilson?

El presidente, sir William Gascoyne, miró con asombro al príncipe, á quien conocía perfectamente, y en su gran sorpresa no acertó á contestar al exabrupto.

Pero el príncipe lo repitió más insolente, y esta reincidencia puso ya á tono al magistrado.

—¿Con qué derecho, – le preguntó á su vez, – os atreveís á hacerme tan improcedente pregunta, estando yo *pro tribunali*?

– Debierais saber que soy el príncipe heredero de la corona de Inglaterra.

—Yo no debo saber más que administrar justicia.

—¿Dónde está mi ayuda de cámara? – volvió á preguntar el príncipe, más exaltado por la contradicción.

– Aunque no tengo la obligación, quiero tener la cortesía de contestar al príncipe heredero de la corona de Inglaterra. Está en un calabozo.

—¡En un calabozo!

—Donde debe estar.

—Yo, yo mando que se ponga inmediatamente en libertad.

El presidente se levantó sereno, majestuoso, grande como un gigante, y contestó con voz reposada, pero enérgica, como dictando un auto:

—Guárdese el mandamiento, pero no se cumpla.

—¡Pero no se cumpla! – exclamó el príncipe en son de escándalo.

—No se cumplirá,—repuso el magistrado con firmeza.

—¡No me obedecéis!

—¡Aquí no se obedece más que la ley!

—Pero el rey puede derogarla.

—Eso es. Y si queréis á toda costa la libertad de vuestro criado, recurrid al rey para que la derogue. Pero notad que entonces obedeceré otra ley, no vuestro mandato.

—Tanto orgullo deprime más y más mi dignidad de príncipe, y os advierto que no estoy en ánimo de tolerarlo ni de humor de hacer todas esas diligencias. Mando, pues, que inmediatamente...

—¡Basta!

– Mando...

—¡Silencio!

Y el silencio se impuso como á la fuerza á la augusta voz del magistrado.

Después de una solemne pausa, repuso éste:

—Aquí represento yo la ley y administro justicia en nombre del rey, vuestro padre. En ambos conceptos me debéis respeto y obediencia, príncipe. Yo, con la ley en una mano y la autoridad en otra, os mando que desistáis de un empeño tan temerario, dando ejemplo de sumisión á los que han de ser mañana vuestros súbditos. Pero no basta desistir, príncipe heredero de la corona de Inglaterra; habéis cometido un acto punible faltando gravemente á esos sagrados respetos, y yo no puedo dejar impune tan grave falta sino manchando mi honrada toga. Os mando, pues, que os sometáis de buen grado al castigo merecido y os deis preso en nombre de la ley.

El príncipe estaba sorprendido, confuso, avergonzado, hasta arrepentido de su temeraria violencia.

En tan buena disposición faltaba sólo un toque para decidirlo.

Y el magistrado lo dió.

– Príncipe,—dijo,—en nombre del rey, vuestro padre, á quien aquí represento, obedeced mi mandato, dando una prueba heroica de vuestro respeto á la ley.

El príncipe se desciñó la espada en silencio, la puso en la mesa del tribunal y se dió preso.

V

La noticia de la prisión del príncipe heredero de Inglaterra fué un asombro en la corte y un escándalo en palacio.

Los más allegados al trono se creían agraviados en la persona del príncipe, y protestaban á una contra lo que llamaban crimen de lesa majestad.

Pero á pesar de su indignación, no se atrevían á comunicar al rey la noticia, temiendo sin duda ser ellos las primeras víctimas de su justa cólera.

Tenían razón en cierto modo, porque el hecho era en verdad inaudito.

Pero el mismo rey vino á sacarlos del conflicto refiriéndoles lo que había sabido ya por más autorizado conducto.

Y cuando los palaciegos esperaban con temor que estallaran ruidosamente sus iras, levantó los ojos y los brazos al cielo el bueno de Enrique IV y redondeó este acto de valor cívico de su magistrado con estas nobles palabras:

—¡Oh Dios, valedor mío! ¡Gracias por tus señalados beneficios! ¿Cómo no ha de ser grande y poderoso el reino en que tan bien asentada está la justicia? *¡Fiat, fiat justitia et ruat cœlum!*

VI

¿Y el paje?

Cuando tales vientos corrían para los príncipes, ¿cómo correrían para los pajes?

El paje quedó donde debía estar... en el calabozo, sujeto á las resultas de la causa.

CECILIO NAVARRO

LINGUÍSTICA

El estudio de las vocales y de las consonantes, nó precisamente en una sola lengua, sino en el mayor número posible, ha ido perfeccionándose en lo que va de siglo de modo tan profundo, que la Lingüística se ha hecho ciencia de la mayor importancia. El descubrimiento de las leyes que rigen los sonidos, y el conocimiento de sus cambios y transformaciones, son el único fundamento *científico* de las etimologías. Lenguas al parecer distintas, resultan así emparentadas; y en grupos diferentes tienen que clasificarse lenguas á primera vista afines. La lingüística, pues, ilustra de este modo la historia primitiva de los pueblos, cuando faltan documentos positivos que suministren pruebas de haber estado ó nó en contacto y comunicación;—que no es concebible el hecho de ser el fondo de la lengua de un pueblo, el mismo que el de otro pueblo muy distante, sin suponerles afinidad en época ignorada. Así se prueba que los gitanos proceden de la India.

Conocimiento profundo de las generalidades de MUCHAS lenguas necesita el lingüista; lo que, naturalmente, lo conduce á dejar á un lado la práctica de todas ó de la mayor parte; por lo cual no es raro encontrar apreciabilísimos lingüistas incapaces de hablar ni aun medianamente otra lengua que la suya; al paso que se da el caso de personas que hablen bien cuatro ó cinco lenguas sin tener conocimientos profundos en lingüística.

De aquí que los lingüistas, satisfechos y hasta orgullosos con sus vastos conocimientos generales, miren tal vez con menosprecio á los poliglotos, y nieguen hasta el nombre de ciencia á la arquitectura de las lenguas.

No hay motivo para semejante menosprecio.

Los hombres que investigan el PORQUÉ ES, no podrán jamás tener razón contra los hombres que estudien el CÓMO ES. Unos y otros son obreros de la inteligencia; sus descubrimientos se completan y compenetran en un todo; y precisamente la división del trabajo hace llegar á resultados asequibles solamente á los hombres de cada especialidad.

Es anticientífico despreciar los trabajos de la inteligencia humana. Claro es que no todo puede conservarse. La astrología, la alquimia, la ciencia (!) del blasón, el sistema de Ptolomeo, los términos-medios de Ticho-Brahe... en una palabra, cuanto hoy por hoy y mientras viene algo mejor no se avenga con la teoría de la evolución, la doctrina de la unidad de las fuerzas físicas y la conservación de la energía, es enteramente inadmisible por los hombres de la ciencia actual. Pero, ¡cuánto tiene aún que conservarse perteneciente á lo que, como organismo científico, hubo de desaparecer! Así quedan aún las osamentas de razas extinguidas, como documentos apreciabilísimos de lo pasado. Así también no hay por qué rechazar los preciosos descubrimientos de los alquimistas: la copelación del oro y de la plata: los óxidos del plomo... de Alberto el Grande: el calomelano de Raimundo Lulio: el ácido sulfúrico, el clorhídrico, el nítrico, cuyas propiedades ya vió Arnoldo de Vilanova; el fósforo de Brandt... ¡Oh! El error y la casualidad han engendrado grandes hijos.—El dato no muere nunca.—Lo que muere casi siempre es su explicación.

¿Quién va á rechazar los teoremas de Euclides, el tornillo de Arquímedes, las encantadas proporciones de la Venus de Milo... la experiencia toda de la antigüedad, el pan, el remo, la honda, el vidrio, el papel... en fin, cuanto no pugne con la edad moderna ni con la civilización actual? Los descubrimientos guárdense: en las verdades conquistadas, comúlguese.

La filología presenta ejemplos de conclusiones hoy tan absurdas como las de la más vana astrología; por ejemplo, las de que Adán habló vascuence en el Paraíso y que los españoles comunicaron su lengua á los romanos, siendo, por tanto, el latín un castellano corrompido. ¿Quién va á conservar estas demencias?

Si se trata de averiguar el CÓMO se ha producido el lenguaje en general, preciso será á la sinceridad científica responder que carecemos de datos para formar la ciencia de la evolución lingüística; y, si se tuviese en gramática general aquella teoría que diera razón del proceso evolutivo hasta los actuales idiomas desde lenguas anteriores, ya conocidas, ya ignoradas en gran parte, ya sospechadas solamente, y *plus ultra* hacia atrás siempre en dirección al origen de los pueblos, entonces también sería preciso decir que ni esa ciencia existe todavía, ni acaso exista nunca por falta de datos; á menos que la conjetura usurpe su puesto á la observación. Las dificultades de esta clase de investigaciones son inmensas. Razón, en verdad, para continuar investigando.

Pero si, para un determinado fin (por ejemplo, saber CÓMO hoy se habla), otra ciencia limita—por falta de datos y mientras no los haya—el campo de sus exploraciones, y no pregunta PORQUÉ en francés y en alemán y en latín... no existe la forma castellana

ESTOY *leyendo*, ESTUVE *paseando;*

ó PORQUÉ carece el inglés de las variantes españolas

HE DE *escribir*,
HABRÉ DE ESTAR *escribiendo*,
las TENGO *escritas*,
VENIMOS *diciendo*
IBA *el ejército mandado por un temerario;*

ó PORQUÉ en alemán el determinante simple precede al determinado y lo sigue el determinante en que hay verbo; ó bien PORQUÉ existen lenguas en que el acento persiste sobre el radical, mientras que en español viaja

dmo, amó
amáre, amaré
amígo, amistád etc.

ó PORQUÉ los verbos y las formas de acción se aplican á los acaecimientos, variaciones, relaciones, etc., que *suceden* pero nadie *hace*, como

nace, muere,
varía, adelanta,
atrasa, llueve,
truena, amanece, etc.

ó PORQUÉ en español no hay, como en muchas otras lenguas, construcción interrogativa, sino intonación interrogativa

¿Viene? – Viene;
¿Vive? – Vive;

si no se investiga por cuál rara coincidencia la intonación es el mismo medio interrogativo en español que en chino; ni por cuál reunion de circunstancias se indican con signos las relaciones temporales en las lenguas bien ó mal llamadas aglutinantes, lo mismo que en el actual inglés de hoy, lengua que de flexiva y desinencial ha venido á parar en lengua de símbolos de relación; si no se pregunta tampoco el PORQUÉ de los absurdos que hormiguean en la fraseología de todos los idiomas,

la ventana CAE *á la calle,*
el sol SE PUSO,
CUARENTENA *de siete días*, etc.

si, pues, reconociendo la importancia, magnitud y trascendencia de esas utilísimas investigaciones referentes al origen y á la evolución de las lenguas, no se inquiere, sin embargo, el PORQUÉ una lengua FUÉ, ni tampoco qué caminos recorrió para *llegar-á ser* lo que hoy es; antes bien, con menos aspiraciones y más concreta finalidad, se trata únicamente de averiguar el CÓMO es cada idioma en el momento presente, para luego relacionarlos todos en sus puntos de contacto, de analogías, ó de similitud... entonces indudablemente, hay datos más que bastantes (puesto que

A RIMBALZELLO, estatua de Urbano Nono

conocemos tantas lenguas vivas) para la institución razonada de una ciencia importantísima, en cuyo terreno no entra la lingüística, y cuyo objeto es nada menos que establecer hasta en sus últimos pormenores LAS LEYES ACTUALES DEL HABLAR, condición imprescindible de la sociabilidad humana, é historia incomparable de la evolución de nuestra especie.

Nunca estudiando los animales fósiles se llegará á conocer toda la anatomía actual; pero estudiando la anatomía actual, se llegará á conocer mucho de lo que fueron las especies fósiles.

Analizando sólo lenguas muertas no se vendrán á descubrir TODAS las leyes de la expresión del pensamiento; pero, por el estudio de los idiomas vivos, se llegará á inferir mucho de lo antiguo. Lo moderno es siempre más complejo que lo primitivo, más analítico, más distinto, más rico; y, si mucho y bueno de lo primitivo no ha llegado hasta nosotros, en cambio nuestros mejores medios analíticos compensan grandemente lo que pudiera faltarnos en cuanto á la riqueza de las FORMAS; pues, respecto de lo esencial nada puede faltar, sopena de suponer una degeneración de la inteligencia humana.

Cuando se habla del latín y del griego, siempre se los califica de lenguas sabias; lo que implica mucho de menosprecio con respecto al castellano; para lo cual no hay razón ninguna; porque, si hemos perdido algo en lo desinencial, en cambio hemos ganado mucho en lo analítico. El latín, por ejemplo, carece de artículo: no puede expresar en su conjugación las finas distinciones propias de las formas españolas

amo, estoy amando
leía, estaba leyendo, etc.

y, ya que la índole de este trabajo obliga á entrar en pormenores algún tanto técnicos, obsérvese el como la frase latina

regis filius

tiene que ser, por indeterminada, muy inferior á las españolas

hijo de rey
hijo de un rey
hijo del rey
un hijo de rey
un hijo de un rey
un hijo del rey
el hijo de rey, etc.

distinciones analíticas de que el latín es incapaz.

BUSTO DE W. GOETHE

Las exageraciones de los lingüistas carecen, pues, de fundamento, porque los fines que ellos persiguen son muy distintos de los que persiguen el filólogo y el políglota. Todos podemos conocer una lengua determinada, sin conocer sus afinidades fonológicas con otras, ni sus antecedentes evolutivos, como podemos conocer el caballo sin saber cómo vino de la cebra; como podemos conocer la pera sin saber que procedió del peruétano; como podemos conocer el terreno que labramos, y de donde recogemos nuestras cosechas, ignorando su historia geológica, y sus relaciones con las montañas colindantes. ¿No es de evidencia que puedo saber bien caligrafía sin haber estudiado paleografía? Y ¿no es claro que, aun sabiendo paleografía española, se me pudiera decir que para ascender hasta los orígenes, ella sola no basta y que es absolutamente necesario estudiar alfabetología? Para escribir claro y rápidamente, consignar en el papel mis pensamientos, y comunicarlos á mis semejantes me estorba todo lo que no sea conducente al objeto. Debo, pues, ejercitarme solamente en formar las curvas en que nos adiestra la actual caligrafía. Nada POR EL PRONTO de las intrincadas complejidades de la paleografía ni de la historia de los alfabetos, mientras se trate únicamente de comunicarnos hoy por escrito con nuestros amigos y relacionados.

Pero es más, y aquí se toca ya la esencia de la cuestión. Importantísima es la ciencia de los sonidos constituyentes del cuerpo de las palabras. Mas ¿porqué emitimos esos sonidos? ¿Sólo para regalar el oído con vibraciones del aire, más ó menos agradables y caprichosas?

Nó, sin duda. Emitimos esos sonidos para hablar. Y ¿qué es hablar? ¿No es combinar las palabras de un modo peculiar y propio de cada lengua, para poder formar los nombres de los objetos y de sus actos?

Nadie, desapasionado, ve en los sonidos una lengua, como tampoco nadie ve en los ladrillos una casa. Lo cual no quiere decir que los materiales no influyan en que un edificio sea ó nó húmedo, caloroso ó frío, etc. Los sonidos harán una lengua más ó menos agradable, pero no harán la lengua: la lingüística nos dirá CÓMO unos sonidos se evolucionan en otros, al modo que otra ciencia nos da razón de CÓMO los cuarzos y cantos rodados pierden sus formas angulares arrastrados por las aguas; pero no nos explicará el CÓMO con sonidos HABLAMOS; de la misma manera que la geología no puede darnos razón de la pared ni de la casa con los cantos construída; que la lingüística es á la arquitectura de las lenguas como la geología á la arquitectura de los edificios. Los sonidos no son lenguas: son sus materiales sólo. Lengua es el sistema de composición de esos medios materiales. La fonología es importantísima, pero desligada hasta cierto punto de las construcciones sintácticas.

¿Entendería ahora Cicerón, si resucitara, á los profundos latinistas romanos que extienden los Breves y las Bulas de los Papas? Y ¿no se tiene á los redactores de los documentos Pontificios por eminentes en latín?

Nó: en los sonidos no está lengua ninguna: lo está en sus especiales construcciones y en su arquitectura especialísima. La lingüística no da razón de la arquitectura de las lenguas, y, por tanto, no debe despreciar trabajos que no entran dentro de su jurisdicción.

E. BENOT

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTO DE LA FUERZA CENTRÍFUGA. – Tómese una pantalla con la mano izquierda, como representa la figura, y con la mano derecha hágase girar hábilmente una moneda de diez céntimos, por ejemplo, contra la superficie interior del cono; al mismo tiempo imprímase un movimiento de rotación á la pantalla y la moneda rodará sin caerse. Si se disminuye la celeridad de la rotación, descenderá poco, sin dejar de rodar, hacia el fondo del cono; y si por el contrario se aumenta la rapidez, la moneda subirá acercándose á la circunferencia superior.

El movimiento de la moneda, una vez lanzada, continúa todo el tiempo necesario para realizar el movimiento circular. La moneda se mantiene por la acción de la fuerza centrífuga y gira inclinada á la manera que el jinete en un circo.

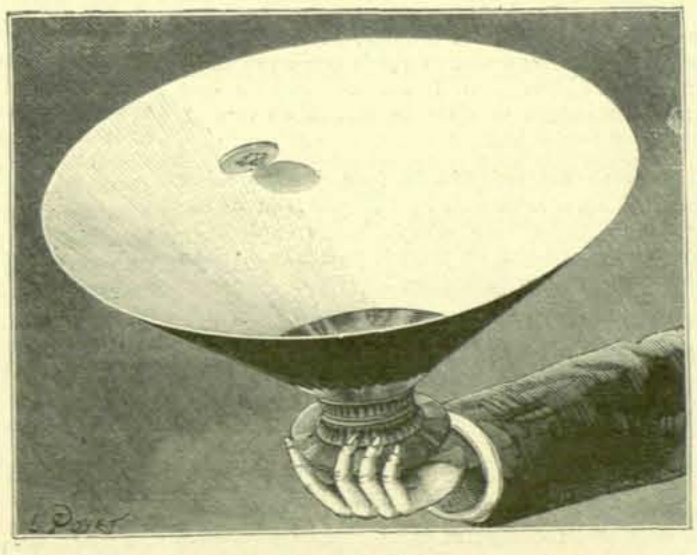
El experimento que indicamos es fácil de realizar, pues sólo necesita algunas pruebas, sobre todo para lanzar la moneda al movimiento de partida, sin exigir del operador una destreza excepcional. Lo hemos ejecutado nosotros fácilmente y hecho ejecutar á personas poco duchas en juegos de manos.

A falta de pantalla, puede hacerse uso de cualquier otro instrumento cónico; pero la pantalla de cartón es el objeto con que el experimento que señalamos da más fácil resultado.

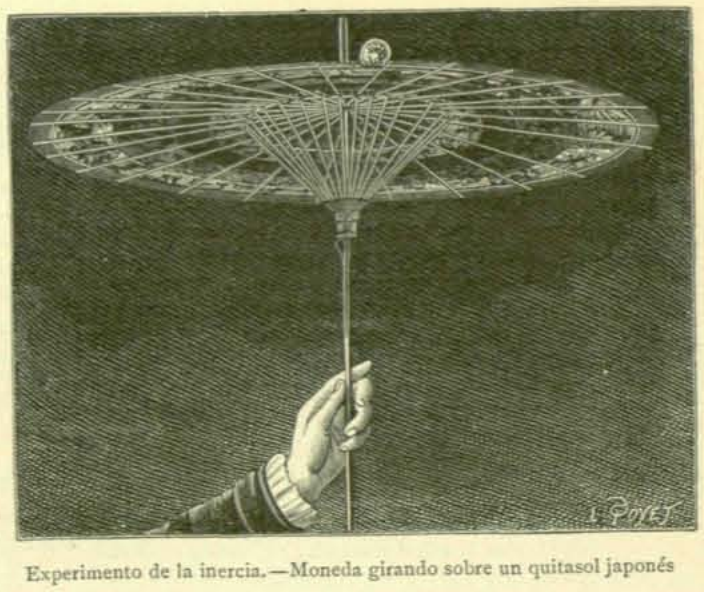
Parece que algunos aficionados no han obtenido el resultado apetecido, mientras otros han operado perfectamente, si bien después de algunos ensayos. Recomendamos á los primeros perseverancia en el empeño, y obtendrán al fin un resultado infalible, como consecuencia de leyes físicas, leyes naturales, infalibles también por consiguiente.

Este experimento ha dado ocasión á Mr. L'Esprit de efectuar otro relativo á la inercia, recordando el juego de destreza que hacen ciertos saltimbanquis, consistente en hacer girar una moneda de cinco francos, de plata, sobre un quitasol japonés de papel, como los que se suelen vender en las grandes capitales.

El quitasol gira con la mayor rapidez y la moneda de cinco francos parece inmóvil á los ojos de los espectadores; y en realidad el quitasol es el que gira bajo la moneda. Mr. L'Esprit indica con mucha razón que hay aquí un ejemplo notable del principio de la inercia. Nosotros hemos visto ejecutar este juego de destreza á varios acróbatas japoneses; pero al revés del experimento de la pantalla, requiere éste mucha habilidad de manos; en realidad pertenece esto ya á los ejercicios de los prestidigitadores.



La fuerza centrífuga demostrada por medio de una pantalla y una moneda



Experimento de la inercia.—Moneda girando sobre un quitasol japonés

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN